DÍA VIGÉSIMO

CONSIDERACIONES SOBRE LOS TÍTULOS DE MARÍA PARA
NUESTRO CULTO

Ella es abogada de los pecadores, es preciso invocarla con confianza.

Punto Iº. - María es abogada de los pecadores. Ese papel de refugio y abogada de los pecadores de parte de María entra también en la economía de nuestra Redención, y evidentemente fué establecido por la misma misericordia que nos dió un Salvador. En efecto, dice un filósofo cristiano 1, el Hijo de Dios, único mediador, se interpuso entre la justicia de Dios y la prevaricación del hombre. Esa justicia sola nos hubiera aniquilado, él la satisfizo y dió lugar á la misericordia. Como medio y prenda de ese acuerdo, él obró en sí mismo la unión de Dios y del hombre, para comunicarnos ese principio v aplicarnos su fruto. Pero esa unión de la justicia y de la misericordia, de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo es tan estrecha, que lo que nos infunde confianza, nos infunde también temor. En vano, para desvanecer ese

1. A. Nicolas, Plan divino.

temor lo más posible, el Hijo de Dios se hizo no sólo hombre, sino el más manso y humilde de los hombres, todavía es objeto de temor. porque ese hombre, por manso que sea, siempre es Dios. No es á un hombre á quien nos dirigimos en Jesucristo, es á Dios mismo, el Verbo, la única persona que hay en él. y que sólo tomó la naturaleza humana. Por lo tanto, con esa misma naturaleza, el Salvador del mundo será juez y terror de éste. El mismo Hijo del hombre que apareció en los campos de la Judea lleno de mansedumbre, aparecerá armado con los rayos de la justicia en las nubes del cielo, y es la ira del cordero quien hará secar la tierra. Aun durante su vida mortal, llena de perdón y misericordia, ; por cuántas parábolas y figuras no nos hizo presentir la severidad final de sus juicios, y cuántas veces, ejerciéndolos ya, no los fulminó en estos terribles Væ!; ay de vosotros! que hacía estallar sobre los profanadores y los soberbios!

Por compasivo que sea para con nuestra flaqueza, el Hijo de Dios deja entre él y nosotros lugar al temor. Temor saludable, sin el cual quedarían sin valor sus misericordias, pero que le pone muchas veces fuera del alcance de nuestra fragilidad, debilitando la confianza que en ellas debemos tener. Nuestra extremada miseria necesitaba misericordia tan grande que, pasado cierto límite, no sólo Dios sin Jesucristo, sino el mismo Jesucristo, siendo Dios.

no podía acaso hacérnosla inmediatamente, sin detrimento de su divinidad, de su justicia, del respeto y de ese mismo temor que importaba imprimir en el alma humana, para preservarla de una confianza abusiva, á que ella es no menos propensa que á la desesperación. Era pues necesario reservar á la vez ese respeto v ese temor precioso contra nuestra presunción, y sin embargo hacer que llegara hasta nuestra extremada miseria esa excesiva misericordia. Y eso no podía realizarse más que por una nueva intercesión cuya grandeza, igualando esa abundancia de misericordia, nos permitiera esperar sin presunción, y cuya dulzura sin mezcla nos impulsara á pedirla sin temor. Era pues muy conveniente que, en tan maravillosa economía del cristianismo, en que todo anda muy bien coordinado, y en que nada aparece chocante, otra potencia, sin mezcla alguna de justicia, se constituyese entre Jesucristo y nosotros, cual él se constituyó entre nosotros v Dios; que fuese mediadora nuestra con el gran mediador, para aplacar lo que en él queda de justicia, y desvanecer lo que de temor queda en nosotros.

Ese modo de obrar de la Providencia, tan misericordiosa para con los pecadores, se hace evidente si consideramos la admirable apropiación de María para ese ministerio de mediadora, atendiendo ora á lo que somos nosotros, ora á lo que es su divino Hijo, ora á lo que es

ella. En efecto nosotros nada tenemos que temer de ella, siendo mera criatura, no existiendo en ella divinidad en grado alguno. Y como no tiene divinidad, tampoco tiene justicia que ejecutar ; siendo dependiente de Dios cual nosotros, ella es nuestra hermana, y podemos recurrir á ella sin reparo alguno, haciendo en cierto modo con ella el aprendizaje de nuestra confianza en su Hijo. En lo que toca á su Hijo, de él todo puede esperarlo María, porque es la más perfecta y la más elevada de las criaturas, tiene necesaria conexión con Dios, y no está, si así es lícito hablar, menos unida con la humanidad de su Hijo, que esa humanidad lo está con la divinidad. En fin, en lo que toca á ella, es madre, y; admirable ventaja! madre de los dos lados: madre de Dios, y madre de los hombres, pudiendo alcanzarlo todo como madre de Dios, queriendo otorgarlo todo como madre de los hombres.

« Para que pudiera socorrernos, dice Bossuet, se requerían dos condiciones: que su grandeza la aproximara á Dios, y que su bondad la aproximara á nosotros. La grandeza, es la mano que alcanza; la bondad, la mano que esparce, y ambas condiciones eran necesarias para establecer perfecta comunicación. Siendo María madre de nuestro Salvador, esa cualidad la eleva muy alto hacia el Padre eterno, y siendo también María nuestra madre, su amor la desciende hasta compadecer nuestra fla-

queza, hasta interesarse por nuestra felicidad.» Punto IIº. - Debéis invocar á María con confianza.; Y quién podría alterar esa confianza? Nada por parte de María, pues acabáis de ver que ella es la potencia que alcanza las gracias, y la bondad que las esparce. Pero quizá encuentra esa confianza un escollo en el pensamiento de vuestro carácter de pecadores. Cuidado con tan peligrosa disposición, y convenceos de que si María fué constituída en abogada nuestra, es más bien por los pecadores que por los justos. Bastante se recomienda á Dios la inocencia por sí misma, y no necesita que nadie la defienda ante su tribunal; pero los pecadores son criminales, y deudores de la divina justicia; y por ellos hay que suplicar é interceder: esa es la incumbencia de María. Oíd cómo la Iglesia le prodiga las palabras más tiernas y más propias para reanimar vuestra confianza. La llama patrona de los pecadores, su apoyo, refugio y esperanza. « Antiguamente llamábase refugio un lugar protector, donde la justicia humana no osaba penetrar, para prender al delincuente que en él había buscado un asilo. Entre los griegos y entre los romanos, esos lugares eran templos, altares ó santuarios. Entre los hebreos, eran ciudades enteras. Desaparecieron esos refugios, habiéndolos destruido

los legisladores humanos; pero el Legislador

divino no quiso que el pecador quedara sin recurso contra la vara de su justicia, y le brindó un refugio en el corazón de María 1 ». Esa elección revela toda la extensión de la divina misericordia. Queriendo Dios establecer en la tierra un refugio para los reos de lesa majestad divina, no podía encontrar otra criatura que posevese en más alto grado las condiciones de bondad é inocencia necesarias para realizar tal designio. Porque; qué es un lugar de refugio? ¿ no es un lugar que pone al abrigo de los peligros que uno quiere evitar? Para un náufrago, el lugar de refugio es el puerto; para un proscrito, la tierra apacible de la hospitalidad; para un alma desconsolada, el alma serena de un amigo cristiano; para un niño el regazo de su madre; y para un pecador, el lugar de refugio es el corazón de aquella que jamás pecó.

Deteneos un momento en esa última reflexión, y admirad con júbilo y estupefacción la inefable misericordia de un Dios por sus ingratos hijos. Los pecadores crucificaron, y aún crucifican al Hijo de María, y es María quien les fué dada como medianera; los pecadores blasfeman y ultrajan á Dios, y es la madre de Dios quien es protectora de ellos y refugio; los pecadores son unos seres manchados, envilecidos por la iniquidad, y es la más pura de las vírgenes quien fué constituída abogada de ellos y amiga. —; Qué cosa más capaz de con-

^{1.} P. Humphry.

fundir la inteligencia y enternecer el corazón!

Pero vamos más lejos, y ved el poco fundamento de vuestra desconfianza en el corazón de vuestra madre: María no sólo ama á los pecadores, sino que abriga por ellos particular ternura; ella les ama tanto más, dice un santo doctor, cuanto que son los pecadores quienes labraron el pedestal de su gloria. En efecto, si no hubiese habido más que justos en la tierra, María hubiera seguido siendo la hija ignorada de David, la hija de Joaquín y Ana; no hubiera gozado ninguno de los títulos que hacen su gloria: Hija del Altísimo, Madre de Dios, Esposa del Espíritu Santo. No tendría la prerrogativa tan gloriosa de ser inmaculada, Reina de los Ángeles y de los hombres. Considerad en efecto que, si no hubiese habido pecadores, el mundo no hubiera necesitado Salvador; el Hijo de Dios no se hubiera hecho hombre, y María no fuera la madre de Dios. Luego es por los pecadores y á causa de ellos, por quienes se cumplieron los grandes misterios de la Encarnación y de la Redención. Es por ellos por quienes se hicieron los prodigios de la misericordia divina, y por consecuencia rigurosa, á los pecadores debe María tantas grandezas, y por eso tanta ternura suya por ellos. Por supuesto, ama á los justos, ¿ cómo no los amara siendo amigos de su Hijo? Pero, así como vemos que una madre reduplica sus cuidados y solicitud por aquel de sus hijos que se

halla sumido en la desgracia, así María siente que se despierta con más ardor su ternura de madre por los hijos que el pecado arrastra hacia el abismo.

¡ Oh María, madre y abogada de los pecadores! aquí tienes uno de tus hijos que implora tu auxilio y protección. ¡ Cuán pobre es, cuánto necesita la asistencia divina! Logra pues con abundancia los tesoros de la celestial misericordia, para derramar sobre él las copiosas gracias que reclama su flaqueza. Amén.

EJERCICIO

Por muchas que sean nuestras culpas, no desesperemos jamás de la misericordia divina. Si no nos atrevemos á dirigirnos á Dios por ser tanta nuestra ingratitud, recurramos á aquella que es el Refugio de los pecadores.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

El señor D... antiguo marino, era un hombre franco y leal, pero esa era toda su religión. Se horrorizaba de los sacerdotes, no había recibido más que el primer sacramento, y el matrimonio sin confesión. Tenía unos cincuenta años. Enfermo ya desde mucho tiempo, empeoró su estado á principios del año 1834, se vió obligado á guardar cama, y luego le desahuciaron los médicos. Su hija, educada en un colegio de París, había cumplido hacía unos meses con la primera comunión, pensando

mucho en su padre, que ya andaba contaminado de la enfermedad del pecho, que le arrebató. Lloraba con frecuencia al preguntarle la causa de su pesadumbre, y contestaba: « Papá está muy efermo, y se morirá sin sacramentos. » El día de su primera comunión no pidió, digámoslo así, más que una gracia, la conversión de su padre, habiéndosele unido sus compañeras para lograr del cielo tan deseada gracia. Ocho meses más siguieron con la misma súplica las piadosas niñas.

Pero sólo á la última hora quiso Dios convencer al bendito predestinado, y María, refugio de los pecadores, para él fué el canal de la gracia. Probó escribirle una religiosa parienta suya, y aunque no tocó á la gran cuestión; el señor D..... sospechando que la tal carta pudiera servir de preámbulo para algo más serio, la arrojó diciendo: « Mi prima quiere que vo me confiese y comulgue, pero no tengo fe en esas formalidades; son invenciones de los sacerdotes; además, yo no soy asesino ni ladrón; soy honrado gracias á Dios, y estoy lleno de confianza en la misericordia divina. » Sor B***. que había sido enviada por su parienta, le contestó que si consentía en oír á un sacerdote, sabria éste probarle que no basta ser honrado para salvarse. - Sobre todo, replicó el enfermo, no me traigáis aguí esa gente, no quiero ni aun verlos.

Sor B***. visitaba cada dos días al enfermo sin más éxito; era pues evidente que sólo á Dios había que recurrir. Se emprendió una novena de Acordaos, y remitieron al enfermo la medalla milagrosa, suplicándole que la llevara por espacio de quince días, y por ese medio, añadió su prima, sería un recuerdo que ella conservaría muy gustosa. — Vaya, dijo el marino, á mí no se me viene con esas mañas, pero por fin, será cual si pusiera una pieza de dos cuartos en el bolsillo, y para hacer ver que yo no soy un hombre de prevenciones, venga la

medalla, v me la colgaré al cuello. Fué tan rápido lo que produjo la poderosa intercesión de la Madre de misericordia, que desde el día siguiente va el enfermo cambió de lenguaje v de sentimientos. — Yo no sé, dijo, pero no me disgustaria que me trajerais un sacerdote, me parece que le vería con placer. Vino el señor cura y empezó á conversar con él sobre los puntos de religión que le embargaban, los misterios, el escándalo que dan los malos cristianos, etc. v le satisfizo enteramente. -Estov muy satisfecho, dijo á sor B***, que vino á verle; me dijo el señor cura que tampoco él entiende los misterios, y que no hay obligación de entenderlos para salvarnos.; Ah!; cómo siento, añadió, no haber conocido antes la religión! vo la tenía por un monstruo, y ahora veo que no ofrece más que consuelos.

Lo que había de bueno en esa conversión, es que el enfermo, cual todos los tísicos, no pensaba estar tan cerca del término, y contaba con un próximo restablecimiento. — Estoy dispuesto, decía, á hacer cuanto prescribe la religión. Di á conocer al padre cura toda mi vida, pero eso no basta. - Y efectivamente aún no se había confesado; pero Dios permitió unos días después que tuviera una crisis muy violenta, y hubo temor de que falleciera. Acudió el cura con toda prisa, le confesó y le dió la absolución. Señor cura, dijo luego el enfermo, si tiene usted algunos momentos de sobra, venga á pasarlos con este pobre pecador. Al día siguiente le trajeron los óleos santos y el santo Viático, que también fué su primera comunión. En el intervalo, hizo que su hija, una niña de doce años, le ayudara á recitar los actos. Al ver que preparaban la credencia donde debía descansar el Santísimo, « que traigan, dijo, la Virgen de mi hija v pónganla acá, » como debía

á María tanta felicidad, quiso que presenciara la

ceremonia. Además, como tantas veces había discu-

tido sobre materias de religión con una parienta suya, señora muy cristiana, quiso, para reparar el escándalo que pudiera causarle, que fuese testigo de su sincera conversión, y la mandó llamar el día en que fué administrado. Estuvo profundamente recogido hasta la llegada del sacerdote, y después de la breve exhortación que éste le dirigió, él mismo presentó las manos para la unción, tan respetuoso y penetrado, que ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas, y luego recibió el Viático.

Al retirarse el señor cura y sor B***. — No sé, dijo al primero, como expresar la dicha que experimento, y mi agradecimiento por tantos cuidados de ustedes. — Y el padre cura declaró que desde que ejercía el santo ministerio, jamás había sido testigo de tan sincera conversión en el lecho de muerte, y que nunca había recibido tanto consuelo al administrar los últimos sacramentos.

María es todopoderosa en el corazón de su divino Hijo. - Coriolano, joven y bizarro capitán romano, irritado por la ingratitud de su patria, abandonó el servicio, y fué á ofrecer á otra parte su valor y su espada. Habiéndose hecho enemigo de Roma, jura su pérdida, y marcha contra ella al frente de un ejército poderoso, esparciendo á su paso el asolamiento y la muerte. Con tal noticia, se extiende la consternación en la ciudad ; acuden á los templos, invocan el socorro del cielo, y nada detiene al intrépido vencedor. Mándanle una diputación de los senadores para implorar la paz, queda él inflexible. Envianle con gran pompa los pontifices y sacerdotes, vestidos con los ornamentos sagrados, y llevando en las manos las estatuas de los dioses patrios, con la esperanza de que se aplacaría su ira al ver lo que más respetable hay en todos los pueblos, pero él sigue inexorable, Juró vengarse, v sabrá cumplir el juramento. En tal extremo, no encuentran otro recurso que mandarle á Veturia su madre, acompañada de las matronas más nobles de Roma. Apenas la columbró Coriolano, cuando atravesando la multitud, se precipita para abrazarla. Pero le detiene su madre diciendo. Antes de recibir tus abrazos, quiero saber si beso á un hijo agradecido, ó á un ingrato. ¿ Soy yo tu madre ó cautiva tuya?; Ah! hijo mío, conque no se dilató mi vida más que para verte ir al destierro, y volver enemigo!; Cómo tuviste la crueldad de asolar la tierra donde viste la luz ?; Cómo no se desvaneció tu encono á la vista del suelo natal?; Cómo, volviendo los ojos hacia Roma, no dijiste: ahí se encierra lo que de más precioso tengo, una madre que me ama, una esposa querida, y niños de quienes soy el padre. ; Desgraciada de mí! con que si tengo un hijo, ; es para que sea la ruina de su patria! Desventurada ciudad, vo no fuí fecunda más que por tu desdicha, y si yo no fuese madre, tú serías libre. ; Ah! hijo, la única gracia que te pido es que nos libres de tantos males, ; te atreverás á negarla á tu madre? Á tales palabras, se enternece el romano, y regando las lágrimas su mejillas, se echa en los brazos de su madre diciendo: Madre mía, tú venciste, y Roma será libre..... Así María defiende nuestra causa ante su Hijo: con sus ruegos Jesús perdona, y sus manos dejan caer los rayos que estaba para arrojar sobre nosotros.

La Virgen de las flores. — La señora de * iba de Francia á Milán. Una noche, en la vertiente de los Alpes, sucedió á su coche un percance que la obligó á buscar un refugio en aquellos parajes casi inhabitados. « Mi criado, oriundo de aquellos

valles, cuenta ella en el relato de su viaie, me aseguró que al cabo de un senda que se extendía derecha á lo largo de un bosque de castaños, se hallaba una aldea de leñadores. Segui la senda, v estaba hermosa la noche, aunque sin luna, ; son tan relucientes en Italia las estrellas! Este paseo nocturno me deió muy agradable recuerdo : andábamos hacía va una hora, cuando á la vuelta del bosque, divisamos una luz. Llegábamos á la aldea de los leñadores, pobre aldea de unas treinta ó cuarenta cabañas, esparcidas en medio de una encrucijada de leña seca y haces espinosos. Golpeamos con una piedra á la puerta de la cabaña; serían las dos, y no esperaba que se abriera la puerta hospitalaria antes de largo rato; al segundo golpe, se levantó el picaporte, y entramos en una gran pieza sombría á la entrada, alumbrada en el fondo por sinnúmero de velitas de varios colores, y colocadas simétricamente como en un altar. La mujer joven que nos abrió la puerta se volvió á poner de rodillas ante las luces y el altarcito, y siguió rezando las oraciones que habíamos interrumpido. Cruzamos nosotros la gran pieza, llena del perfume de las flores, del olor vegetal del sarmiento quemado, de la retama verde, y de todas las plantas aromáticas que las gentes del valle de Ossale cuelgan en los maderos de sus cabañas, para que se sequen, antes de llevarlas á las boticas de Milán y Ginebra. Cuando la joven mujer concluyó una parte de su fervorosa oración, se levantó para saludarnos, y nos dijo en voz baja v llorosa, enseñándonos una cuna donde vacía una niña: « esa es mi niña que está para morirse esta noche. Ha dicho el médico que para salvarla, no hay más que una planta que se cría á cuatro leguas de aquí en lo alto de un monte, v el bueno de mi marido fué á buscarla; pero va no la necesitará la niña cuando vuelva Bartolomé; ¿ cómo podrá hacer en un instante

ocho leguas ida y vuelta? ¡Camina tan de prisa la muerte! Vea usted, añadió la pobre madre, besando á su hija en la frente, en los pies y en las pálidas manitas, vea usted si la pobrecita puede vivir ni aún un cuarto de hora más. ¡Ocho leguas!

Pero: por qué, — dije á la pobre madre, guardáis tantas flores cerca de la cuna de esa niña, en ese altar, y en las manos de la virgen? Ese olor puede serle pernicioso y acaso mortal. -; Ca! contestó. Mi hija se llama Rosina; su santa patrona es Na Sa de las Flores, la nostra signora dei fiori, muy venerada en Milán, donde tiene su iglesia; y ahora le estaba haciendo una plegaria de desesperación y resignación por mi hija Rosina, mi Rosina, la hija de mi alma! Yo no sé si me atenderá Na Sa de las Flores, porque esa niña está muy mala y yo no lo merezco; pero confieso, con todo, que más confianza tengo en mi oración para salvar á mi hija, que en esas plantas que tan lejos y tan en balde fué á buscar mi marido..... Ustedes se perdieron en el camino, ya lo veo; en mal momento vienen; pero ahí tienen con que refrescar, y también hay pan y leche fría ; y usted, señora, disponga de esa cama, porque yo no me acostaré, y me pasaré la noche rezando à la Virgen. » - Me puse también vo á invocar con ella á Nª Sª de las Flores, aunque, lo confieso, sin la confianza de tan conmovedor ejemplo. Estaba vo enternecida, pero ella muy confiada si no en la salvación de la niña, al menos en el poder de la augusta intercesión á quien solicitaba. Así estuvimos rezando una hora, cuando bruscamente se abrió la puerta, y entró un hombre sudando y jadeando; era el padre de la niña, y sin reparar en nosotros, ni en su mujer absorta en el rezo, fué y zabulló en el agua que hervía en la chimenea, la saludable y portentosa planta que indicó el doctor en el momento de la crisis de la niña, y que sin más dilación había ido

pués, Bartolomé dió á beber la decocción á la agonizante niña: v se sentó al lado de la cuna con las

manos abiertas sobre las rodillas, clavando en la lívida cara de la enfermita sus ojos solícitos y azorados, como para atisbar el efecto que produjera la poción. Hasta el amanecer, la niña no se movió, cual si hubiera sido de cera; pero á los pri-

meros rayos del sol, se agitó, se incorporó y balbu-

ceó el nombre de su madre. « ; Sanó! ; ya la salvaste, santa Virgen de las flores! exclamó la madre, con los brazos abiertos, la cabeza inclinada, y

mirando á la Virgen con humedecidos ojos, ; tú la

salvaste! Quien la salvó es esto, dijo el padre

tomando á la niña en sus brazos, y dándole otra vez

tisana. - Pide perdón á Dios par esa blasfemia, decia entre risa y llanto la mujer del leñador.

besando á Rosinita; ; gran Dios! ; grande y santa

Virgen! - ¡ Famosa planta, yo creo en tu virtud!

; gran médico! repetía Bartolomé. - Bendita seas,

Virgen de las flores. » Sobrevino en esto el doctor, v se informó de la niña. « Sí, confirmó, está á

salvo; ya pasó el peligro. Por supuesto, le dieron

ustedes de beber la tisana que ordené. - Sí, señor

doctor, contestó el leñador. Veamos, volvió otra

vez el médico, á ver si la hicieron ustedes dema-

siado cargada, porque se me olvidó precisar la dosis. ¿ Qué es ésto? exclamo al ver las hojas que

nadaban en un resto de agua tibia; ¡Jesús! ¡ qué

disparate! le dieron ustedes tisana de gordolobo,

v esa tisana ó nada es absolutamente lo mismo. »

Se inmutó el leñador, quedó avergonzado el doctor;

pero la madre exclamó con nuevo fervor: ¡ Santa María de las Flores! sólo tú salvaste á mi niña

Rosina (Extracto del Journal des divins offices).

DÍA VEINTIUNG

CONSIDERACIONES SOBRE LOS TÍTULOS DE MARÍA Á NUESTRO CULTO

María es nuestra reina, luego debemos honrarla.

Punto Iº. — María es reina. Á ella celebraba David, al exclamar con espíritu profético: « ; oh rey mío! yo veo á tu derecha una reina con vestidos de oro, y exornada con maravillosa variedad; vendrán las hijas de Tiro á ofrecerle dádivas, y los grandes de la tierra implorarán sus miradas. Toda la gloria de la hija del rey viene de su corazón ; resplandecen sus vestidos de oro y bordadura. Muchas son las vírgenes que merecieron presentarse ante tu trono, pero todas vienen después de ella 1 ». Esas palabras os dicen bastante claro que María es reina, y que debe su realeza á la preeminencia de sus virtudes. « Leemos en los libros santos que la reina Ester andaba deliciosamente apoyada en una de sus doncellas, viniendo tras ella otra que sostenía sus vestidos para que no arrastraran por tierra. San Anselmo ve en esa

1. Sxvi.